

Diario de un colono que va al oeste

RESUMEN

Herman Scharmann salió de Alemania como líder de un grupo de buscadores de oro con destino a California en 1849. El viaje por tierra a California de Scharmann (1918) describe el viaje de su familia desde Nueva York hasta su caravana de carretas en Independence, Misuri, y la excursión a través de las llanuras por Fort Kearny y Fort Laramie. Cuando su esposa y su hija mueren poco después de llegar a California, Scharmann y sus dos hijos siguen adelante hacia los campos de oro de Feather River y Middle Fork, y de American River y Negro Bar. Scharmann ofrece una imagen brutal de la explotación de los grupos de emigrantes y del trabajo penoso de la prospección y de ciudades como Marysville, Sacramento y San Francisco, entre 1849 y 1851.

En Fort Laramie nos quedamos tres días, cuidando el ganado y reparando nuestras carretas. Como deseaba avanzar lo más rápido posible, consideré que era conveniente dejar al grupo que avanzaba con demasiada lentitud. Tuve que conducir a lo largo de la orilla derecha del río Platte durante unos 240 kilómetros antes de llegar a un lugar donde los mormones habían construido un transbordador que me llevó al otro lado del río. Desde Fort Laramie hasta South Pass, la tierra está cubierta de muy poca hierba, en cantidades totalmente insuficientes para las innumerables multitudes de emigrantes que deben pasar por ahí. Además, el camino es áspero y rocoso, aunque pasa entre las montañas en lugar de por encima de ellas. Finalmente, sin necesidad de subir, se llega a South Pass. Allí, un arroyo chapotea alegremente sobre las rocas, y una buena extensión de hierba saluda los ojos cansados de los viajeros. El arroyo se llama Pacific Creek. Al llegar encontré cinco mil bueyes y numerosas mulas y carretas, además de sus dueños humanos. Aquí se separaron, algunos para ir a la ciudad mormona, otros para unirse a los viajeros de California. Me uní a esta última división y así tuve mucha compañía.

En el río Big Santee descansamos durante un día. Luego seguimos por un desierto de sesenta y cinco kilómetros hasta el río Green. Aquí había trozos de carretas destrozadas esparcidos por todas partes, pero había varios en buen estado, así que tuvimos una buena oportunidad de reponer nuestras existencias. Después de esto, seguí conduciendo por montañas escarpadas y valles profundos, preguntándome constantemente si sería posible pasar por encima de ellas.

Las montañas de esta región se denominan Peak Basement y forman una cúpula en un círculo de unos ciento sesenta kilómetros cuadrados. Todas están cubiertas por matorrales bajos y hierba y presentan un aspecto muy agradable. Lo más curioso de esta región es que el lino crece por todas partes entre la hierba. Examiné un tallo y descubrí que era muy parecido al lino europeo en cuanto a calidad. Así, el suelo proclamaba su propia fertilidad. El único inconveniente es que aquí no llueve durante el verano indio.

Esta es la única región durante esta parte del viaje que parece merecer la atención de un agricultor. El terreno durante el resto del camino de Fort Laramie a California no vale un centavo, creo. No es más que tierra desértica y montañas desnudas cubiertas de rocas y tierra roja que las hacen parecer volcanes. Lo mejor que puede hacer un viajero es apresurarse para pasar lo más rápido posible de un río a otro.

En el río Bear, en un valle de cinco a seis kilómetros de ancho, dejamos que nuestro ganado descansara dos días. Aquí no faltaba hierba, pero estos lugares de pastoreo se recorren rápidamente y no es posible permanecer cerca a ellos durante mucho tiempo. En un hermoso valle a lo largo del río Snake, conocí a los indios snake, estrechamente relacionados con los siux.

Sus principales ocupaciones son la caza y la pesca. Se acercaron a nosotros y pidieron limosna, pero descubrimos que, si le das algo a uno de ellos, todos los demás vienen corriendo hacia ti. Sus facultades intelectuales son probablemente unas de las más bajas, ya que su lenguaje consiste en un vocabulario extremadamente limitado. Llevaban plumas detrás de las orejas, y muchos las utilizaban también para decorar sus cabezas. No nos preocupamos mucho por ellos, simplemente les dimos algo y seguimos.

Todos nosotros deseábamos fervorosamente llegar al río Humboldt lo antes posible, y luego seguir su curso durante unos cuatrocientos ochenta kilómetros. En verdad, muchos de nuestros anhelos estaban ya satisfechos, pues en algunas partes este valle es muy hermoso. Al norte y al sur está rodeado de montañas, y en su mayor parte está cubierto por una masa salvaje e inútil de matorrales, que se parece y huele mucho a la planta del ajeno. Las montañas aquí son aparentemente volcánicas, de color rojizo, desnudas y cubiertas de cantos rodados y rocas quemadas por el calor del sol. Esto da a la región un aspecto desolado y extraño. Los vientos de la zona forman unas nubes de polvo, en un camino ya polvoriento, de tal manera que el caminante pronto se ve tan negro como un negro.

Los pobres bueyes sufrieron intensamente en este viaje mientras avanzábamos sin parar. Todavía estábamos a ochocientos kilómetros de California; de los cuales, trescientos noventa debían llevarnos a lo largo del río Humboldt. Hasta que llegáramos al punto en que la carretera se desviara hacia Oregón, nuestro lema era: "¡24 kilómetros al día!" En el cruce de caminos, muchas señales nos indicaban que tomáramos una nueva ruta, porque estaba doscientos cuarenta kilómetros más cerca. Por un puñado de oro, un hombre suele causar la desgracia de otro. Ese fue lo que pasó aquí.

Tan pronto como dejamos el río Humboldt, entramos en un nuevo desierto, de ciento doce kilómetros de ancho, aunque se nos había dicho que era solo cuarenta y ocho. Se habían cavado pozos en medio de este desierto, pero en ningún lugar había hierba para el ganado. Durante el día descansamos y, por la noche, cuando refrescó un poco, seguimos adelante. A pesar de que hicimos un gran esfuerzo, tardamos un día y dos noches en cruzar la primera parte del desierto, donde no se veían más que montañas volcánicas por todos lados. Tuvimos que recorrer cincuenta y tres kilómetros más antes de poder considerar que nuestro ganado estaba salvado. El calor era agobiante y las nubes de polvo alcalino nos envolvían. Examiné el suelo y descubrí que estaba formado por una mezcla de sal, tiza y cenizas. Tanto delante como detrás de nosotros había una larga caravana de carretas, así que al menos tenía compañía en mi miseria. Ahorrallegamos a un lugar donde vimos una hilera de carretas ordenada. Todas estaban vacías y abandonadas. Para ahorrar lo máximo posible, los propietarios habían quitados los arcos al ganado y los habían montado rápidamente. Los que no tenían familia se echaron los bultos al hombro y siguieron a pie. Las familias eran aún más dignas de compasión.

Recorrí veintisiete kilómetros desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche, y luego descansé. Todo mi suministro de agua apenas alcanzaba para preparar una taza de té o café para mi esposa. Esa fue toda nuestra cena. En el camino que había recorrido durante el día, había contado ochenta y una carretas destrozadas y abandonadas, y 1663 bueyes, muertos o moribundos, pero ninguna mula.

Fuente: Biblioteca del Congreso, Colección Memoria Estadounidense. "California As I Saw It: First Person Narratives of California's Early Years, 1849-1900" <http://memory.loc.gov/cgi-bin/query>